

de tanto sacudimiento moral, de la agitación nerviosa que la agovió, y de la lucha intelectual y enérgica que sostuvo con todo lo que la rodeaba.

Dos grandes virtudes formaron la fuerza impulsiva de la joven Princesa, personaje culminante en la malaventurada expedición á México: la fe y la esperanza. Su deslumbradora imaginación le hacía ver ante todo, al Imperio, punto céntrico de sus aspiraciones, y no porque amase á los mexicanos, pues no había razón motivada para ello, siéndole en su generalidad mas bien antipáticos, contradicción que si bien no se explica por la razón, tiene su apoyo en los hechos ocurridos, y en los tormentosos desastres de la empresa coronada con tan lúgubres y dramáticos episodios. La Emperatriz Carlota fué la suprema esperanza del Imperio, para sostener á Maximiliano ejerció en Europa sorprendentes esfuerzos, al fin de los cuales se vió condenada al reposo y á la impotencia absoluta, y con ella terminó la única energía capaz de entrar en acción para salvar el Imperio.

En la visita que le hizo la Emperatriz Eugenia, se abrazaron las dos con efusión, recordando los sucesos de tres años atrás. Ningún asunto importante se trató en esta primera entrevista. Al devolver la visita en Saint-Cloud, consiguió la Emperatriz Carlota, después de muchas instancias, penetrar hasta la habitación del Emperador; sin embargo, no fué sino hasta el 23 de Agosto, en la última visita, cuando pudo tratar de lleno los asuntos relativos á México.

Se había afectado mucho la Princesa, cuando al arribar á las costas de Francia nadie la recibió conforme á su categoría, contrariándola mucho que ni el gobierno francés ni la Embajada belga, mandaran representantes á saludarla. Sucediendo lo mismo á su llegada á París, la Emperatriz mexicana temblaba de los pies á la cabeza y era presa de convulsiones dentro del coche que la condujo al hotel. Allí crecieron sus sobresaltos, al trascuir el día sin que se recibiera la correspondiente felicitación y bienvenida de parte de Napoleón, quien únicamente usaba excusas, hasta el día deseado en que un chambelán de la Emperatriz Eugenia fué á invitar á la de México para almorzar en Saint-Cloud; rehusó la invitación, pero ofreció que iría después. En efecto, se presentó en el castillo y conversó con los Emperadores franceses más de una hora, esperándola en la antesala la Señora del Barrio, que era su dama de honor y la acompañaba en el viaje á Francia, ambas con la esperanza de que Napoleón III continuaría auxiliando á Maximiliano en la empresa de sostener el Imperio mexicano.

Durante la conversación entre la Emperatriz Carlota y los Emperadores franceses, se oyeron de pronto gritos de angustia que exhalaba la primera de éstas, diciendo al mismo tiempo: "Es verdad, debí haber comprendido quien sois vos y quien soy yo." "No debí haber deshonrado la regia sangre de mis venas, humillándome ante un Bonaparte que solo es un aventurero." En seguida se oye el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

El emperador Napoleón, con la faz alterada, salió del aposento y la Emperatriz Eugenia se arrodilló ante la Princesa Carlota que, privada de sentido estaba tendida en un sofá; la desabrochaba el corsé y procuraba volver-



Sra. Manuela Gutiérrez de del Barrio,
DAMA DE HONOR DE LA EMPERATRIZ CARLOTA AMALIA.

Quando en el verano de 1866 hizo la Emperatriz el penoso viaje, para solicitar de Napoleón III que llevara adelante la difícil empresa de cimentar el Imperio Mexicano y que continuara el contingente de dinero y tropas que había estado dando la Francia, llevó consigo á la Sra. de del Barrio. Afectada la real viajera por la agitación nerviosa que la condujo á la locura, fué testigo la Sra. Gutiérrez de las borrascosas escenas que se verificaron en el Castillo de Saint Cloud, entre la Emperatriz Carlota y el Emperador francés; pudo notar las inquietudes de la Princesa al aproximarse á las costas francesas, las violencias del espíritu concebidas en temblor corporal y en convulsiones. En desempeño de sus obligaciones de Dama de honor, peruna hora tenida en aquel Castillo. Cuando Napoleón resueltamente contestó que nada haría ya por Maximiliano, al desmayarse la Emperatriz de México acudió la Señora de del Barrio, á prestar á la real enferma los auxilios posibles en tan aflictivo trance.

la en sí. El ataque había provenido de la actitud resuelta de Napoleón, negando toda esperanza de auxilio al Imperio de Maximiliano. Llevado un vaso de agua, fué puesto en los labios de la enferma, quien al volver en sí vierte el agua en los vestidos de la Emperatriz Eugenia gritando: ¡Fuera los asesinos! ¡apartad ese veneno! y cayendo en los brazos de la Señora del Barrio, que durante tan agitada escena había penetrado á la cámara, la dijo: "Usted es testigo de la trama! ¡quieren asesinarme! Por el amor de Dios no me abandone usted!" *

Después tuvo la Princesa Carlota muy pocos intervalos lúcidos; volviendo á caer en el delirio durante la palpitante entrevista con el Papa Pío IX, en el Vaticano.

De antemano había la Princesa remitido al César francés la Memoria que le encomendó Maximiliano, y copia de las dos cartas de éste fechadas el 18 y 28 de Marzo de 1864, consideradas como una garantía absoluta de unión indisoluble entre los Soberanos de Francia y México, con cuyos documentos esperaba ver nulificadas las disposiciones que tenía dadas el gobierno francés. **

Tan vivas y repetidas fueron las instancias de la Emperatriz Carlota, que al fin había conseguido ser recibida por el Emperador Napoleón, á quien expuso lo que Maximiliano solicitaba, esto es, que la Francia le diera nuevos auxilios financieros y militares. Después de la entrevista larga y acalorada, en la que se hicieron por una y otra parte recriminaciones que terminaron por alterar el carácter de las explicaciones cambiadas, la Emperatriz Carlota vió derrumbarse las esperanzas que su ardorosa imaginación le había hecho concebir, desde que salió

* Refiere Pierre de Lano en un curioso artículo en que hace relación de aquella agitada entrevista de Saint-Cloud, que la esposa desconsolada dijo á Napoleón estas palabras: "Sire, dicen que sois bueno. ¡Es mentira! Sire, dicen que sois un Soberano magnánimo. ¡Es mentira! Sire, dicen que sois glorioso. ¡Es mentira! Sois, Sire, un hombre malvado. Sois, Sire, un amo sin autocracia. Sois, Sire, un jefe sin ideal. Sois la fatalidad y nosotros vuestras víctimas. Creais el mal y lo dejais que se cumpla. Pero el mal vuelve á subir á su manantial. El os herirá á vuestra vez, y no iréis lejos, Sire, os hundiréis vos y vuestro trono bajo el golpe de un destino que desconocéis."

** La Memoria de que la Emperatriz Carlota fué portadora para ponerla en manos de Napoleón, se reducía á combatir las razones en que se fundaran las decisiones del Gobierno francés y los motivos que se alegaban para justificarlas. Se manifestaba que el comandante en jefe del cuerpo expedicionario no había cumplido el tratado de Miramar, que le impuso la obligación de pacificar el país; y por lo mismo, él era culpable de que no hubiese paz, ni presupuesto, ni aumento en los recursos financieros. Sin contar más que con los recursos de la Aduana de Veracruz, era imposible hacer frente á las pesadas cargas que impuso aquel tratado. Ni todo el país había sido ocupado por el Ejército expedicionario, ni en los gastos de guerra se había usado economía de ninguna naturaleza; el Gobierno de Maximiliano no había podido prever, que después de tres años de guerra ruinosa, no hubiese logrado el comandante en jefe reducir á la obediencia las provincias de Guerrero, Chiapas y Tabasco, en las que no se había presentado ni un solo soldado francés, ni que, por la inacción del mismo comandante, todos los Estados del Norte hubiesen vuelto á caer en poder de los juaristas; de esto se infería la grande injusticia de reprochar al Gobierno Imperial la falta de cumplimiento al tratado de Miramar. El Mariscal había quedado sordo á todas las exhortaciones para

de Chapultepec hasta pisar el palacio de Saint-Cloud, y al sentir que el cetro se quebraba bajo su mano, dió curso á todo su arrebató, enumeró la hija del rey Leopoldo todas sus quejas y reconoció aunque tarde, que teniendo sangre de los Orleans había cometido grave error al aceptar un trono provenidó de la munificencia del Emperador de los franceses. "Le Moniteur" negó que la conferencia entre la Princesa y el Emperador, hubiese pasado tal cual se refería; pero Mr. Keratry sostuvo, con la lógica de los hechos y otras razones, que sí había sido violenta y agria aquella entrevista.

Al salir de esta última conferencia, quedaban perdidas todas las ilusiones que abrigara la Princesa Carlota. Aun había un apoyo para sus proyectos: el Santo Padre, y ya sin esperanzas de éxito alguno en París, dejó esta ciudad desde luego, yéndose en el tren imperial que se le ofreció y poseída en sumo grado de extraordinaria exaltación.

Al acercarse á las costas francesas, ya la Princesa Carlota manifestaba una agitación rayana con la locura, no siendo cierto, por lo mismo, que la enfermedad mental se manifestara por vez primera en la entrevista con Su Santidad el 4 de Septiembre de aquel año, pues que ya se había mostrado maniática arrebatada en el Castillo de Saint-Cloud.

El mal éxito que tuvo en París la Princesa le ocasionó tan profundo pesar, que las últimas noches que permaneció en el "Gran Hotel" las pasó en vela, paseándose á impulsos de la fiebre y presa de agitación extrema, principio de la gravedad á que llegó en Roma, cuando no pudiendo obtener del Papa sino sencillas atenciones, se apoderó de ella la desesperación que estalló en locura, en el palacio mismo del Sumo Pontífice.

Ni las lágrimas, ni la indignación de la Princesa Carlota, causaron impresión en el ánimo de los que habían sido sus protectores en la obra política del Imperio en México. La razón de Estado exigía que ese Imperio tan brevemente erigido cayese de pronto. Las instituciones creadas con determinado fin, están llamadas á perecer cuando desaparece el objeto que las había hecho vivir. El Imperio mexicano creado con el fin de que los europeos recobrasen en América su preponderancia sobre la raza anglo-americana, auxiliando para ello á los confederados de los Estados Unidos, no tenía ya razón de ser desde que en la batalla de

acabar la pacificación del país, y había retirado sus tropas de provincias enteras para conservarlas en la inacción, sin dejar cuerpos mexicanos bien organizados que pudieran reemplazarlas.

Se había eliminado á las autoridades que no eran aceptables para el Mariscal; se había seguido un programa liberal y exclusivista porque así lo habían querido los generales franceses. Si la hacienda estaba arruinada, no era ciertamente porque no se hubieran empleado funcionarios franceses; Budin, Cortá, Bonnefonds y Langlais, pudieron acaso arreglar la Hacienda pública? Nada habían hecho aquí los agentes financieros, ni los hombres de Estado que enviara la Francia. Tales eran en resúmen los puntos á que se contraía el "Memorandum," enviado por Maximiliano á Napoleón III, y que ningun resultado favorable dió para los intereses del Imperio nacido en la Corte francesa y apoyado primeramente por el Ejército frances, que acabó por darle el tiro de gracia.

Richmond había terminado la vida de los Estados Confederados; desde entonces el Imperio mexicano careció de su principal objeto, su misión estaba sin base; dependió de un azar y este le fué adverso, en consecuencia debía sucumbir sin esperanza de volver á levantarse.

Aun brilló para Maximiliano y Carlota, á lo lejos, vacilante luz de esperanza: si fuera posible la unión entre los mexicanos, dejando ante el altar de la Patria sus odios y sus rencores, agrupándose al rededor del estandarte imperial, en tal caso podrían los Emperadores salvarse de la penosa situación en que quedaron colocados, aun cuando llegaran á verse en el caso de decir un eterno adios á las playas de su país adoptivo.

Durante el viaje de la Princesa Carlota á Roma, fué en Botzen donde se manifestó de una manera fija, la idea de que la querían envenenar las personas de su comitiva. Ya en esa ciudad se negó á tomar los alimentos condimentados, solamente comió fruta y bebió agua sacada de la fuente por ella misma. Al llegar á Roma acudió inmediatamente al Vaticano, pidiendo la aprehensión de las personas de su séquito, y el Papa que no tenía conocimiento alguno del estado intelectual de la Princesa, ordenó el arresto de dichas personas que, solamente por sus repetidas y razonables instancias, impidieron que se les encerrase. Conocida á poco la perturbación mental, fué llamado el conde de Flandes para que llevase á la enferma á Miramar.

Mujer enérgica y ambiciosa, la Emperatriz Carlota era de un temperamento que no se conformaba con situaciones ambiguas, ni con promesas indeterminadas; no pudiendo entonces obtener otra cosa, la duda y la desesperación se apoderaron de su espíritu, y en seguida brotó la locura; en el palacio mismo del Santo Padre se manifestaron los dolorosos signos de tan cruel enfermedad, marcada con rudeza en la entrevista que la infortunada Princesa tuvo con el Emperador Napoleón en el palacio de Saint-Cloud; entrevista larga é irritante, en la que por una y otra parte hubo reminiscencias que acabaron por alterar el carácter de las explicaciones que se daban. Puede considerarse que de aquella conferencia data realmente la pérdida completa de la razón en la Princesa Carlota, cuyos esfuerzos se desvanecieron con su inteligencia, quedándole apenas la voluntad para deslizarse de París al Vaticano, donde cayó delirante á los piés del Santo Padre, de quien iba á solicitar apoyo y consuelo, manifestando en su aflicción y en los espasmos de angustia, que solamente tenía confianza en el Gefe de la Iglesia Católica.

La difícil situación del Imperio mexicano influyó sin duda, en predisponer la mente de la Emperatriz á una grande exaltación, de la que ya había dado señales en Puebla y Acultzingo; pero el recibimiento que tuvo en París y las inconsecuencias de que fué testigo y víctima, hiriendo en lo profundo su espíritu, ocasionaron violenta alteración en su organismo ya predispuerto. En Botzen, camino para Roma, fué necesario que se detuviera, pues allí creyó ver la Princesa á Paulino Lamadrid disfrazado tocando el organito; creíase rodeada de espías de Napoleón y de traidores que la habían envenenado.